

Darret Genesis.

Marianna Noblio S.

La futura anarquía

Robert D. Kaplan

De: The Atlantic Monthly, vol. 273, nº 2 Febrero 1994

Traducción: Verónica Jaffé

De como la escasez, el crimen, la sobre población, el tribalismo y las enfermedades están destruyendo el tejido social de nuestro planeta

Los ojos del ministro parecían yemas de huevo, efecto de alguna de las muchas enfermedades endémicas en su país, especialmente malaria, y mostraban además una tristeza infinita. Hablaba en voz baja y quebradiza, una voz que apenas conservaba un poco de esperanza. Arboles llameantes, palmeras y un Atlántico azul tinta formaban el fondo. Sin embargo, nada de esto parecía hermoso: "En cuarenta y cinco años nunca había visto las cosas tan mal como ahora. No lo hicimos muy bien cuando se fueron los ingleses, pero lo que tenemos ahora es mucho peor — la venganza de los pobres, de los fracasados, de la gente menos capaz de criar niños en una sociedad moderna." Luego se refirió al reciente golpe en el país africano-occidental de Sierra Leone. "Los muchachos que tomaron el poder en Sierra Leone vienen de casas como ésta." El ministro señaló una choza de planchas de metal corrugado llena de niños. "En tres meses esos muchachos confiscaron todos los Mercedes, Volvos y BMVs oficiales y los destrozaron a propósito." El ministro mencionó a uno de los líderes del golpe, Solomon Anthony Joseph Musa, quien mató a la gente que pagó por su educación, "para borrar la humillación y mitigar el poder que sus benefactores de clase media tenían sobre él."

La tiranía no es algo nuevo en Sierra Leone o en el resto de África Occidental. Pero ahora es un elemento importante en la creciente falta de ley, circunstancia que es mucho más significativa que cualquier golpe, incursión rebelde o episódico experimento de democracia. Mi amigo —un alto funcionario africano cuya vida corría peligro si revelo aquí algo más sobre su identidad— realmente quería hablar sobre criminalidad. El crimen es lo que hace de África Occidental el natural punto de partida de mi informe sobre lo que muy probablemente será el carácter político de nuestro planeta en el siglo XXI.

A-091
Toma 6 34 esp

De noche, las ciudades de África Occidental están entre los sitios más inseguros del mundo. Las calles no tienen iluminación, con frecuencia la policía no tiene gasolina para sus vehículos, proliferan ladrones armados, criminales en busca de carros, asaltantes. "El gobierno de Sierra Leone pierde su mandato en la noche," dice uno de los residentes extranjeros encogiéndose de hombros. Cuando yo estuve en la capital, Freetown, en septiembre pasado, ocho hombres armados con AK-47 asaltaron la casa de un norteamericano. Lo ataron y robaron todo lo que tenía de valor. Olvídense de Miami: los vuelos directos entre los EEUU y el aeropuerto de Murtala Muhammed en Lagos, la ciudad más grande de la vecina Nigeria, han sido suspendidos por orden del Departamento de Transporte norteamericano por falta de seguridad en el terminal y sus inmediaciones. Un informe del Departamento de Estado cita al aeropuerto por "casos de extorsión realizados por funcionarios policiales y de inmigración". Este es uno de los pocos casos en que el gobierno de EEUU ha embargado un aeropuerto extranjero por causas vinculadas únicamente con el crimen. En Abidján, la capital de Costa de Marfil, los restaurantes tienen guardias armados con bastones y pistolas que lo acompañan a uno los cinco metros más o menos entre el carro y la entrada, dándole a uno una pavorosa sensación de lo que podrían ser las ciudades americanas en el futuro. Un embajador italiano fue asesinado a tiros cuando unos ladrones invadieron un restaurante en Abidján. La familia de un embajador nigeriano fue amarrada y robada a punta de pistola en la residencia del embajador. Después de que estudiantes universitarios de Costa de Marfil apresaron a unos bandidos que habían estado acosando sus dormitorios, los ejecutaron colgando cauchos alrededor de sus cuellos y prendiéndole fuego a éstos. En un caso, la policía de Costa de Marfil fue testigo de este 'colgamiento', pero se retuvo temerosa de intervenir. Cada vez que yo iba al terminal de autobuses de Abidján grupos de jóvenes de mirada intranquila y escudriñadora rodeaban mi taxi tocando todos los vidrios y exigiendo 'propinas' por cargar mi equipaje aún si sólo llevaba un morral conmigo. En las ciudades de seis países de África Occidental vi grupos similares de jóvenes por todos lados — hordas enteras. Parecían moléculas sueltas en un fluido social muy inestable, un fluido que claramente estaba a punto de explotar.

"Vea," me contó mi amigo ministro, "en los pueblos de África es perfectamente natural comer en cualquier mesa y dormir en cualquier choza. Pero en las ciudades no se mantiene esta hospitalidad de una existencia comunal. Hay que pagar por dormir y ser invitado a comer. Cuando los muchachos descubren que sus

familiares no pueden mantenerlos, se pierden. Se unen a otros seres errantes y caen gradualmente en la criminalidad."

"En las zonas pobres del Norte de África árabe", continúa, "hay mucho menos crimen porque el Islam provee una suerte de ancla social: educativa y doctrinaria. En África Occidental hemos perdido un Islam superficial y un cristianismo aparente. La religión occidental aquí está minada por creencias animistas que no se adaptan a una sociedad moral porque se basan en un poder espiritual irracional. Aquí los espíritus se usan para tomar venganza contra una persona o contra un grupo." Muchas de las atrocidades en la guerra civil liberiana estaban vinculadas a creencias en espíritus yuyu, y la BBC reportó en su programa de Focus on África que en las luchas civiles en la adyacente Sierra Leone los rebeldes "llevaban consigo a una joven mujer que caminaba al frente desnuda, siempre de espaldas y mirando en un espejo para ver por dónde caminaba. Esto la hacía invisible, por lo cual podía cruzar las posiciones del ejército enemigo para enterrar amuletos y maleficios... y aumentar así las posibilidades de éxito de los rebeldes."

Finalmente mi amigo el ministro mencionó la poligamia. Pensada para una vida campestre, la poligamia sigue prosperando en toda el África al sur del Sahara aún cuando tiende a disminuir en el África árabe del Norte. La mayoría de los jóvenes que encontré por las calles de África Occidental me dijeron que venían de familias 'extensas', con una madre en un sitio y un padre en otro. Llevadas a un ambiente urbano, estas estructuras familiares laxas son las grandes responsables de los niveles de crecimiento poblacional más altos del mundo y de la explosión del virus HIV en el continente. Como el comunalismo y el animismo, proveen una débil protección contra los efectos sociales corrosivos de la vida en las ciudades. En estas ciudades se está redefiniendo la cultura africana, mientras que la desertificación y la deforestación —también relacionadas con la sobre población— conducen a más y más campesinos africanos hacia ellas.

Una premonición del futuro

Africa Occidental se está convirtiendo en el símbolo de la tensión demográfica mundial, ambiental y social, donde la anarquía criminal emerge como el real peligro 'estratégico'. Las enfermedades, la sobre población, los crímenes arbitrarios, la escasez de recursos, la migración de refugiados, la erosión creciente de las naciones-estado y de las fronteras internacionales, el poder de los ejércitos

privados, de empresas de seguridad y de carteles internacionales de la droga se manifiestan notablemente en el prisma africano-occidental. África Occidental es una introducción muy apropiada para los temas, con frecuencia extremadamente desagradables de discutir, que pronto deberá afrontar nuestra civilización. Para describir la política mundial tal como será en algunas décadas —como intento en este artículo— creo que tengo que comenzar por África Occidental.

No hay otro lugar en el planeta donde los mapas políticos sean tan engañosos —donde de hecho mienten tanto— como aquí. Comencemos por Sierra Leone. Según el mapa, es una nación-estado con fronteras definidas, y con un gobierno que controla este territorio. En verdad el gobierno de Sierra Leone, dirigido por un capitán del ejército de veintisiete años, Valentine Strasser, controla a Freetown de día, y de día también controla parte del interior rural. En el territorio del gobierno el ejército nacional es una chusma sin ley que amenaza a los conductores y pasajeros en la mayoría de las alcabalas. En la otra parte del país se han residenciado unidades de dos ejércitos diferentes de la guerra en Liberia, así como también un ejército de rebeldes de Sierra Leone. La fuerza gubernamental que aún lucha contra los rebeldes está llena de comandantes renegados que se han alineado con jefes locales descontentos. Un amorfismo pre-moderno rige la batalla, evocando las guerras en la Europa medieval antes de la Paz de Westfalia en 1648, cuando se inauguró la era de las naciones-estado organizadas.

Como consecuencia de ello, aproximadamente 400.000 sierra-leoninos han sido desplazados internamente, 280.000 más han huido a la vecina Guinea y otros 100.000 se han ido a Liberia, aún cuando 400.000 liberianos han huido a Sierra Leone. La tercera ciudad más grande de Sierra Leone, Gondama, es un campo de refugiados. Con unos 600.000 liberianos en Guinea y 250.000 en Costa de Marfil, las fronteras de estos cuatro países ya no tienen mucho sentido. Incluso en zonas tranquilas ninguno de los gobiernos, excepto el de Costa de Marfil, mantiene las escuelas, los puentes, los caminos y la policía en una forma íntimamente indispensable para el ejercicio de la soberanía. El grupo étnico branko en el Noreste de Sierra Leone sólo comercia con Guinea. Los diamantes de Sierra Leone se venden más en Liberia que en Freetown. En las provincias del Este de Sierra Leone uno puede comprar cerveza liberiana pero no las marcas locales.

En Sierra Leone, como en Guinea, como en Costa de Marfil, como en Ghana, se ha destruido la mayoría de la selva húmeda primaria y de los matorrales

OJO
Venezuela

secundarios, y esto en un grado alarmante. Vi convoyes de camiones cargando majestuosos troncos de madera dura hacia los puertos costeros. En 1961, cuando Sierra Leone logró su independencia, el 60% del país estaba cubierto de selva húmeda primaria. Ahora sólo es un 6%. En Costa de Marfil la proporción ha caído de un 38 a un 8%. La deforestación ha causado la erosión de los suelos, que ha llevado a más inundaciones y más mosquitos. Virtualmente todos en el interior de África Occidental sufren de alguna forma de malaria.

Sierra Leone es un microcosmos de lo que está ocurriendo, aún cuando en forma más temperada y gradual, en toda el África Occidental y en muchas partes del mundo subdesarrollado: el debilitamiento de los gobiernos centrales; el auge de poderes tribales y regionales, la expansión incontrolada de enfermedades y la creciente penetración de la guerra. África Occidental está retrocediendo al estado del África de la era victoriana. Consiste ahora en una serie de puestos comerciales en la costa, como Freetown y Conakry, y de un interior que, a causa de la violencia, la volatilidad, las enfermedades, se está convirtiendo otra vez en un espacio 'en blanco', 'inexplorado', como observó Graham Greene. Sin embargo, mientras que la visión de Greene implica cierto romanticismo, como lo tiene el Freetown soñoliento y andrajoso de su celebrada novela The Heart of the Matter, es Thomas Malthus, el filósofo del juicio final demográfico, quien es ahora el profeta del futuro del África Occidental. Y el futuro de África Occidental será, eventualmente, el futuro del resto del mundo.

Consideremos, por ejemplo, 'Chicago'. No me refiero a Chicago, Illinois, sino a un barrio pobre de Abidján que los jóvenes malandros de la zona han llamado así por la ciudad americana. ('Washington' es otra parte pobre de Abidján.) Si Sierra Leone es vista como un caso perdido, Costa de Marfil es considerada una historia africana con final feliz y Abidján ha sido llamada "la París de África Occidental". El final feliz, sin embargo, fue construido sobre dos factores artificiales: el alto precio del cacao. Costa de Marfil es el mayor productor mundial de cacao, y los talentos de la comunidad francesa expatriada, cuyos miembros han ayudado a conducir el gobierno y el sector privado. La economía del cacao en expansión hizo de Costa de Marfil un imán para trabajadores emigrantes de toda el África Occidental: entre un tercio y la mitad de la población del país es extranjera, y la cifra podría llegar hasta un 75% en Abidján. Durante los años ochenta los precios del cacao cayeron y los franceses comenzaron a irse. Los rascacielos de la París de África Occidental son pura fachada. Quizás el 15 % de

Explanaciones

la población de Abidján de un total de tres millones vive en barrios como Chicago o Washington, y la gran mayoría vive en sitios que tampoco son mucho mejores. Y no todos estos sitios aparecen en los planos de la ciudad que se venden en todas partes. Esta es otra muestra de que los mapas políticos son el producto de una sabiduría convencional desgastada y, en el caso de Costa de Marfil, de una élite que se verá forzada a ceder el poder.

Chicago, como muchas otras partes de Abidján, es un barrio pobre en los matorrales: un tablero de techos de planchas de zinc y paredes de cartón o bolsas de plástico negro. Se encuentra en un barranco lleno de cocoteros y palmeras y constantemente la azotan inundaciones. Pocos residentes tienen fácil acceso a electricidad, a un sistema de cloacas o a un suministro de agua potable. Sobre la tierra roja caminan grandes lagartijas, tanto dentro como fuera de las chozas. Los niños defecan en un río lleno de basura y cerdos, y los mosquitos de la malaria zumban alrededor. Las mujeres lavan la ropa en ese río. Los muchachos desempleados pasan el día tomando cerveza, vino de palma y ginebra, mientras juegan con maquinitas construidas de maderas podridas y clavos herrumbrosos. Son los mismos jóvenes que de noche roban las casas de los vecindarios más prósperos de Costa de Marfil. Un hombre que conocí, Damba Tesele, llegó a Chicago de Burkina Faso en 1963. Es cocinero de profesión y tiene cuatro esposas y 32 hijos, ninguno de ellos ha llegado a la escuela secundaria. Desde que llegó a la zona, ha visto a las autoridades municipales destruir su barrio siete veces. Y cada vez él y sus vecinos lo han reconstruido: Chicago es la última encarnación.

55% de la población de Costa de Marfil es urbana y se espera que la proporción alcance el 62% para el año 2.000. El crecimiento neto anual de la población es de un 3,6%. Esto significa que la población de Costa de Marfil de 13,5 millones será de 39 millones en 2.025, cuando gran parte serán campesinos urbanizados como los de Chicago. Pero no se cuente con que Costa de Marfil exista para ese entonces. Chicago, que es más indicativo del presente —y más aún del futuro— de África y del Tercer Mundo que cualquier idílico paisaje selvático con mujeres balanceando vasijas de arcilla sobre sus cabezas, ilustra por qué Costa de Marfil, alguna vez modelo de éxito en el Tercer Mundo, se está convirtiendo en un caso de estudio de la catástrofe terciermundista. El presidente Félix Houphouët-Boigny, quien murió el pasado Diciembre a los casi noventa años, dejó tras sí una débil aglomeración de partidos y una pesada burocracia que escanta a las inversiones extranjeras. Como los militares son pocos y la

OJO =
interés

OJO
Preguntar

OJO

población extranjera mucha, no existe una fuerza clara para mantener el orden o un sentido de nacionalidad que reduzca la necesidad de tal fuerza. La economía se ha reducido desde mediados de los años 80. Aunque los franceses están trabajando asiduamente por preservar la estabilidad, Costa de Marfil enfrenta una posibilidad peor que un golpe: una implosión anárquica de violencia criminal — versión urbana de lo que ya ha sucedido en Somalia. O puede convertirse en una Yugoslavia africana, pero sin mini-estados que sustituyan el todo.

Como la realidad demográfica de África Occidental es un drenaje del campo hacia los densos barrios de la costa, los gobernantes de la región reflejarán en definitiva los valores de estos barrios. Ya hay signos de esto en Sierra Leona — o en Togo, donde el dictador, desde 1967, Etienne Eyadema casi cayó en 1991, pero no por una lucha democrática, sino por miles de jóvenes que la revista West-Africa, publicada en Londres, describió como "adolescentes tirapiedras al estilo de Soweto". Su comportamiento puede verse como anuncio de un régimen más brutal aún que la represión de Eyadema.

La fragilidad de estos 'países' africano-occidentales se me hizo evidente cuando tomé una serie de taxis rurales por la costa del Golfo de Guinea, desde la capital togoesa de Lomé, cruzando Ghana, hasta Abidján. El viaje de 400 millas requirió de dos días completos de travesía a causa de las paradas en dos fronteras y once alcabalas aduanales adicionales, donde siempre se revisó el equipaje de mis compañeros de viaje. Dos veces tuve que cambiar divisas y llenar repetidas veces formularios de declaración de dinero. Tuve que sobornar a un funcionario de inmigración togolés con el equivalente de 18 dólares antes de que aceptara sellar la salida en mi pasaporte. Sin embargo, el contrabando por estas fronteras es rampante. El London Observer ha reportado que en 1992 el equivalente de 856 millones de dólares dejó África Occidental y entró a Europa en forma de "dinero caliente", asumiendo que se trata de dinero lavado de la droga. Los carteles internacionales han descubierto la utilidad de los regímenes débiles y financieramente limitados de África Occidental.

Mientras más ficticia es la actual soberanía, más tratan de demostrar lo contrario las severas autoridades fronterizas. Conseguir una visa para estos países puede ser tan difícil como cruzar sus fronteras. Las embajadas de Sierra Leona y Guinea en Washington — los dos países más pobres del mundo, según un informe sobre 'desarrollo humano' de las Naciones Unidas de 1993 — exigieron cartas de mi banco (además de los pasajes ida y vuelta pre-pagados) y referencias personales para probar que poseía suficientes medios para

mantenerme durante mi visita. Recordé las reyertas por visas y divisas en los estados comunistas de Europa Oriental, especialmente en Alemania Oriental y Checoslovaquia, cuando viajé allá antes de que colapsaran esos estados.

Ali A. Mazrui, director del Institute of Global Cultural Studies en la State University de Nueva York en Binghampton, predice que África Occidental —en realidad todo el continente— está a punto de presenciar un general derrumbe de sus fronteras. Escribe Mazrui:

"En el siglo XXI Francia se retirará de África Occidental pues al mismo tiempo se verá cada vez más involucrada en los asuntos [de Europa]. La esfera de influencia francesa en África Occidental la llenará Nigeria —una fuerza hegemónica más natural. ... Será en tales circunstancias que las propias fronteras de Nigeria podrán expandirse para incorporar a la república de Níger (la conexión Hausa), a la república de Benin (la conexión Yoruba) y posiblemente a Camerún."

El futuro puede ser más tumultuoso y más sangriento de lo que Mazrui se atreve a decir. Francia se retirará de las ex-colonias como Benín, Togo, Níger, Costa de Marfil, donde ha ayudado a apuntalar las monedas locales. Y lo hará no sólo porque su atención se concentrará más sobre los nuevos desafíos en Europa y Rusia, sino porque los funcionarios franceses más jóvenes no tienen los mismos lazos emocionales con las ex-colonias que la vieja generación. Y mientras Nigeria intenta expandirse, también ella puede fragmentarse en varias partes. La Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado propuso los siguientes puntos en un reciente análisis de Nigeria:

"Las posibilidades para una transición hacia un gobierno civil y una democratización son pocas ... El aparato represivo del servicio de seguridad del Estado ... será difícil de controlar para cualquier gobierno civil ... El país se ha vuelto cada vez más ingobernable ... Las divisiones étnicas y regionales se están profundizando, situación que empeora por el aumento del número de estados de 19 a 30 y una duplicación en el número de autoridades locales; las divisiones religiosas son más serias ahora; el fundamentalismo musulmán y la militancia cristiano-evangélica están aumentando; y la ansiedad musulmana del Norte ante el control sureño [cristiano] de la economía es intensa ... el deseo de mantener a Nigeria unida es muy débil hoy en día."

Dado que Nigeria es la guía de la región —su población de aproximadamente 90 millones iguala la población de todos los otros estados de África Occidental juntos— es evidente que África se enfrenta a un cataclismo, que, en comparación, dejaría muy atrás las hambrunas de Etiopía o Somalia. Y esto es así especialmente porque se estima que la población de Nigeria, incluyendo la de su ciudad más grande, Lagos, cuya criminalidad, contaminación y sobre población la convierten en el cliché por excelencia de la disfunción urbana del Tercer Mundo, se duplicará durante los próximos 25 años, mientras el país continúa **dilapidando sus recursos naturales**.

Parte del aprieto de África Occidental es que a pesar de que su cinturón poblacional es horizontal, con densidades habitacionales crecientes a medida que uno viaje hacia el Sur, más allá del Sahara y hacia la abundancia tropical del litoral atlántico, las fronteras erigidas por los colonizadores europeos son verticales y por ello contradicen la demografía y topografía. Fotos de satélite muestran la misma realidad que yo experimenté en los taxis rurales: el corredor costero Lomé-Abidján —en realidad, toda la costa desde Abidján hacia el Este en dirección a Lagos— es una sola megalópolis creciente, que según estándares económicos y geográficos racionales debería tener una sola soberanía, en vez de cinco (Costa de Marfil, Ghana, Togo, Benín, Nigeria), tal como está dividida actualmente.

Mientras muchas fronteras comienzan a desbaratarse, una frontera mucho más impenetrable se está alzando, amenazando con aislar al continente entero: el muro de la enfermedad. Sólo para visitar África Occidental con cierto grado de seguridad gasté aproximadamente 500 dólares por una serie de vacunas contra hepatitis B y otras profilaxias. África puede ser más peligrosa en este sentido de lo que fue en 1862, antes de los antibióticos, cuando el explorador Sir Richard Francis Burton describió la situación sanitaria en el continente como "mortal, un calvario, un Jehannum". De las aproximadamente 12 millones de personas HIV positivo en el mundo, 8 millones están en África. En la capital de Costa de Marfil, cuyo moderno sistema de carreteras sólo ayuda a diseminar la enfermedad, 10% de la población es HIV positiva. Y las guerras y movimientos de refugiados ayudan al virus a penetrar en las zonas más remotas del África. Alan Greenberg, representante del Centro para el Control de Enfermedades en Abidján explica que en África el virus HIV y la tuberculosis se encuentran "en franca competencia". De los aproximadamente 4.000 pacientes con diagnóstico

recente de tuberculosis en Abidján, 45% era HIV positivo. Como los niveles africanos de nacimientos aumentan enormemente y proliferan los barrios pobres, algunos expertos temen que las mutaciones e hibridaciones virales puedan resultar, conceiblemente, en un tipo de virus del SIDA que sea más fácil de contagiar que la forma actual.

Pero la verdadera responsable del muro de enfermedades, que amenaza con separar al África y a otras partes del Tercer Mundo de las regiones más desarrolladas del planeta en el siglo XXI, es la malaria. Como es transmitida por mosquitos, es muy fácil, y no como en el caso del SIDA, enfermar de malaria. La mayoría de la gente en el África sub-sahariana tiene ataques recurrentes de la enfermedad a través de toda su vida, y ésta está mutando a formas cada vez más mortales. "El gran regalo de la malaria es la absoluta apatía", escribió Sir Richard Burton, describiendo adecuadamente la situación en gran parte del Tercer Mundo hoy en día. Los visitantes a regiones del planeta infectadas de malaria están protegidos por una nueva droga, mefloquina, que tiene efectos secundarios desagradables produciendo sueños muy vívidos e incluso violentos. Pero ya existe una forma de malaria cerebral resistente a la mefloquina preparando su ofensiva. En consecuencia, defenderse de la malaria en el África es algo cada vez más parecido a defenderse de los crímenes violentos. Uno cae en la llamada 'modificación de conducta: no salir al caer de la tarde, echarse constantemente repelente contra mosquitos.

Y las ciudades siguen creciendo. Tuve una sensación general del futuro cuando iba del aeropuerto hasta el centro de Conakry, la capital de Guinea. El viaje de 45 minutos a través de un tráfico pesado pasaba por un barrio interminable: un espectáculo de pesadilla dickensiana que ni Dickens hubiese podido imaginar jamás. Las chozas de planchas de zinc y muros desiguales y escabrosos estaban cubiertas de un fango negro. Las tiendas estaban hechas de viejos containers de barco, de carros ruinosos y montones de tela metálica. Las calles eran un sólo charco de basura flotando, los mosquitos y moscas estaban en todas partes. Los niños, muchos con panzas protuberantes, parecían tan numerosos como hormigas. Cuando bajó la marea quedaron expuestos sobre la playa embasurada ratas muertas y esqueletos de carros. En 28 años la población de Guinea se doblará si el crecimiento continúa en los niveles actuales. La tala de madera dura sigue a una velocidad enloquecida y la gente huye del interior hacia Conakry. Me pareció que aquí, como en otras partes de África y el Tercer

Mundo, el ser humano está desafiando la naturaleza mucho más allá de sus propias limitaciones, y la naturaleza está comenzando a tomar venganza.

África puede ser tan relevante para el carácter de la futura política mundial como lo fueron los Balcanes hace cien años, antes de las dos guerras de los Balcanes y de la Primera Guerra Mundial. Entonces la amenaza fue el colapso de los imperios y el nacimiento de las naciones fundamentadas solamente en la tribu. Ahora la amenaza es más elemental: la naturaleza sin control. El futuro inmediato del África puede ser horrendo. Los trastornos venideros, cuando se cierren las embajadas extranjeras, los estados colapsen, el contacto con el extranjero se realice sólo por vía de puestos comerciales costeros peligrosos y llenos de enfermedades, comenzarán a verse en el siglo que iniciamos. (Nueve de 21 misiones de ayuda extranjera de los EEUU que cerrarán en los próximos tres años están en África — el prólogo a la consolidación de las embajadas norteamericanas.) Justamente porque gran parte del África parece destinada a caer al abismo en una época cuando ha terminado la Guerra Fría, cuando la tensión demográfica y ambiental en otras partes del globo es crítica, y cuando el sistema de naciones-estados de la era post-Primera Guerra Mundial —no sólo en los Balcanes sino quizás también en el Medio Oriente— está a punto de desaparecer, África sugiere lo que serán las guerras, las fronteras y la política étnica en las décadas futuras.

Para comprender los eventos de los próximos cincuenta años hay, pues, que comprender la escasez ambiental, el enfrentamiento cultural y racial, el destino geográfico y la transformación de la guerra. El orden en el que he nombrado los factores anteriores no es accidental. Cada concepto, exceptuando el primero, se basa en parte en él o en los factores anteriores, quiere decir, que los últimos dos —nuevos acercamientos al trazado de los mapas y a la guerra— son los más importantes. Además, son los menos comprendidos. Analizaré ahora cada uno utilizando el trabajo de especialistas, pero también mis propias experiencias de viaje hacia varias partes del globo además de África, para llenar los espacios vacíos de un nuevo atlas político.

El ambiente como un poder hostil

Por algún tiempo los media continuarán adscribiendo motines, asonadas y otras turbulencias violentas en el extranjero sobre todo a conflictos étnicos y religiosos. Pero en la medida en que estos conflictos se multipliquen, será evidente

que hay otra razón en su base, convirtiendo cada vez más a sitios como Nigeria, India y Brasil en lugares ingobernables. Si se menciona 'el ambiente' o 'dismisión de recursos naturales' en los círculos de política exterior se tropezará con un muro de escepticismo o fastidio. Sobre todo para los conservadores los mismos términos parecen poca cosa. Las fundaciones para políticas públicas han contribuido a la falta de interés financiando sólo estudios ambientales de perspectiva muy limitada, repletos de jergonza técnica, que los expertos en asuntos exteriorés acumulan en un rincón de sus escritorios.

Es hora de comprender 'el ambiente' por lo que es: el problema de seguridad nacional de comienzos del siglo XXI. El impacto político y estratégico de poblaciones crecientes, enfermedades galopantes, deforestación y erosión de las tierras, dilapidación de las aguas, contaminación del aire y posiblemente la subida del nivel del mar en regiones críticas y sobre pobladas como el delta del Nilo o Bangladesh —evoluciones que causarán migraciones masivas y por ello acentuarán conflictos grupales— constituirán el desafío central de la política exterior, y de éste emanará en última instancia la mayoría de los demás problemas, produciendo gran angustia en el público y reagrupando los variados intereses remanentes de la Guerra Fría. En el siglo XXI el agua escaseará peligrosamente en lugares tan diferentes como Arabia Saudita, Asia Central y el Suroeste de los EEUU. Podría estallar una guerra entre Egipto y Etiopía por las aguas del Nilo. Incluso en Europa han surgido tensiones entre Hungría y Eslovaquia por las represas del Danubio, un caso clásico de cómo las disputas ambientales se fusionan con problemas étnicos e históricos. El científico político, y anterior asesor de Clinton, Michael Mandelbaum ha dicho que "tenemos una política exterior en forma de una rosquilla – muchos intereses periféricos y nada en el centro." El ambiente, propongo como argumento, es parte de una terrorífica formación de batalla de problemas que definirán una nueva amenaza para nuestra seguridad, llenando el hueco en la rosquilla de Mandelbaum e imponiendo inexorablemente una nueva política exterior post-Guerra Fría.

ambiente
OJO

Nuestra política exterior en la Guerra Fría comenzó realmente con el famoso artículo de George F. Kennan, firmado con una "X" y publicado en Foreign Affairs en Julio de 1947, en el que Kennan argumentaba en pro de una "contención firme y vigilante" de una Unión Soviética motivada más por razones imperiales que ideológicas. Quizás el inicio de nuestra política exterior posterior a la Guerra Fría sea visto algún día en un análisis aún más valiente y detallado que apareció

en la revista International Security. El artículo publicado en otoño de 1991 por Thomas Fraser Homer-Dixon, director del Peace and Conflict Studies Program de la University de Toronto se titulaba "On the Threshold: Environmental Changes as Causes of Acute Conflict" [En el umbral: cambios ambientales como causas de conflictos agudos] Homer-Dixon integró, con más éxito que otros analistas, dos campos hasta ahora separados — análisis de conflictos militares y el estudio del ambiente natural.

Según Homer-Dixon las guerras futuras y la violencia civil surgirán con frecuencia a causa de la escasez de recursos como el agua, las tierras cultivables, los bosques y peces. Así como habrá guerras ambientales y movimientos migratorios por esta razón, se darán también regímenes pretorianos —o, como los llama él, "regímenes duros"— motivados por causas ambientales. Los países con mayores probabilidades de tener regímenes duros, según Homer-Dixon, son aquellos amenazados por una base declinante de recursos naturales , pero que también tienen una "tradición de fortaleza estatal [léase militar]". Entre los candidatos incluye a Indonesia, Brasil y, por supuesto, Nigeria. Aunque todos ellos han mostrado últimamente tendencias democráticas, Homer-Dixon argumenta que tales tendencias son probablemente "epifenómenos" superficiales y nada tienen que ver con procesos a largo plazo que incluyen explosivos crecimientos poblacionales y decrecientes reservas en materias primas. La democracia es problemática, la escasez es segura.

De hecho, los Saddam Hussein del futuro tendrán más, no menos, oportunidades. Además de las disputas tribales cada vez más frecuentes, la escasez de recursos occasionará gran tensión en mucha gente que, para empezar, jamás tuvo una gran tradición democrática o institucional. En los próximos cincuenta años la población del planeta crecerá de 5,5 billones a más de 9 billones. Aunque los optimistas ponen sus esperanzas en tecnologías de nuevos materiales y desarrollos de libre mercado en la aldea global, no toman en cuenta que, como lo hace notar la National Academy of Science, el 95% del crecimiento de la población se dará en las regiones más pobres del planeta, donde los gobiernos —véase el caso africano— muestran poca habilidad para funcionar, y menos aún para implementar las mejoras más marginales. Homer-Dixon escribe ominosamente: "Quizás los neo-malthusianos desestiman la adaptabilidad humana en el sistema ambiental actual, pero al pasar del tiempo su análisis puede volverse más y más apremiante".

Mientras una minoría de la población humana estará, como lo ve Francis Fukuyama, suficientemente protegida como para entrar en un reino 'post-histórico', viviendo en ciudades y suburbios donde el medio ambiente ha sido domesticado y las animosidades étnicas han sido reprimidas por una prosperidad burguesa, una creciente mayoría de personas será presa de la historia, viviendo en barrios donde los intentos de salir de la pobreza, las disfunciones culturales y las luchas étnicas serán inevitables por la falta de agua para beber, tierra para cultivar y espacio para sobrevivir. En el mundo subdesarrollado las tensiones ambientales le presentarán a la gente una disyuntiva que cada vez más se dará entre un totalitarismo (como en Irak), mini-estados con tendencias fascistas (como en la Bosnia serbia) o culturas guerreras de ladrones de camino (como en Somalia). Homer-Dixon concluye que "mientras continúe la degradación ambiental aumentará el potencial de ruptura social".^{10j}

Tad Homer-Dixon no es un buen Jeremías. Es un joven de 37 años, que creció en los majestuosos bosques de Vancouver Island y se educó en escuelas privadas. Su discurso es tranquilo, perfectamente inmutable y refrescante. No hay nada en su pasado o comportamiento que indique una tendencia pesimista. Como buen canadiense anglicano, pasa sus veranos en canoa sobre los lagos del Norte de Ontario y habla de las montañas benignas, de los osos negros y de los pinos de su juventud y es todo lo opuesto al intelectual severamente neoconservador, el tipo que se siente bien imaginando escenarios conflictivos. Tampoco es un ambientalista que rechaza todo desarrollo. "Mi padre era un leñador que se interesaba antes que otros por una ingeniería forestal ecológicamente segura", dice. "Talaba, sembraba, talaba, sembraba. Salió del negocio justo cuando el tema se polarizaba por causa de los ambientalistas. Ellos odian los ecosistemas transformados. Pero los seres humanos, ya sólo por transportar semillas, transforman el mundo natural. Como hijo único, con un jardín para jugar que era un bosque y una costa silvestre virtualmente intactos, Homer-Dixon siente una familiaridad con el mundo natural que le permite ver una realidad que la mayoría de los analistas políticos —hijos de los suburbios y de las calles urbanas— no ven.

Nebuloso
"Necesitamos recuperar la naturaleza y meterla otra vez en el juego", argumenta. "Tenemos que dejar de separar la política del mundo físico — el clima, la sanidad pública, el ambiente". Citando a Daniel Deudney, otro experto pionero en los aspectos de seguridad del ambiente, Homer-Dixon dice que "por demasiado tiempo hemos sido prisioneros de la teoría 'social-social'", que asume

OJO

Importante
OJO

10j

sólo causas sociales para cambios sociales y políticos y no toma en cuenta las causas naturales. Esta mentalidad social-social surgió con la Revolución Industrial que nos separó de la naturaleza." Pero la naturaleza está regresando con intensiones vengativas, vinculada al crecimiento poblacional. Esto tendrá increíbles implicaciones en el campo político.

*Imagínense una gran limosina en las calles llenas de huecos de Nueva York donde deambulan los mendigos sin techo. Dentro de la limosina se encuentran las regiones post-industriales y con aire acondicionado de EEUU, Europa, el margen emergente del Pacífico y otros lugares aislados, con sus cumbres comerciales y sus autopistas informáticas computarizadas. Afuera está el resto de la humanidad caminando en una dirección completamente diferente."

Estamos entrando a un mundo bifurcado. Parte del globo está poblado por el último hombre de Hegel y Fukuyama, saludable, bien alimentado y mimado por la tecnología. La otra parte, más grande, está poblada por el primer hombre de Hobbes, condenado a una vida "pobre, fea, salvaje y corta". Aunque ambos se verán amenazados por las tensiones ambientales, el último hombre será capaz de dominarlas, el primer hombre no podrá.

El último hombre se ajustará a la pérdida de las aguas freáticas en el occidente de los EEUU. Construirá diques y malecones para salvar Cape Hatteras y las playas de Chesapeake de la subida del nivel del mar, mientras las Islas Maldivas ante las costas de la India se hundirán en el olvido y las costas de Egipto, Bangladesh y el Sureste de Asia retrocederán, obligando a miles de millones de personas a buscar el interior de la tierra donde no hay espacio para ellos, agravando así las divisiones étnicas.

* Homer-Dixon señala un mapa de degradación de los suelos en su oficina en Toronto. "Los colores más oscuros del mapa indican una peor degradación", explica. La costa del África Occidental, el Medio Oriente, el subcontinente indio, China y Centro América tienen las sombras más oscuras, representando todo tipo de degradación relacionada con los vientos, los productos químicos y con problemas del agua. "La peor degradación se encuentra generalmente donde hay más población. El número de población es muy alto donde las tierras son mejores. Así, estamos degradando los mejores suelos del planeta."

Según Homer-Dixon la China es el ejemplo perfecto de la degradación ambiental. Su actual 'éxito' económico esconde problemas más profundos. "El crecimiento de un 4% de la China no significa que se convertirá en una potencia mundial. Significa que las costas de China, donde está sucediendo el

Condenado a los hombres

China

crecimiento económico, está comenzando a formar parte de las regiones ricas del Pacífico. La disparidad con la China interior se está intensificando."

Refiriéndose a investigaciones ambientales de su colega, el ecologista de origen checo Vaclav Smil, Homer-Dixon explica cómo la disponibilidad per capita de tierras arables en el interior de China se ha reducido rápidamente, al mismo tiempo que la calidad de esa tierra ha mermado por deforestaciones, pérdida de las capas superiores del suelo y salinización. Menciona la pérdida y contaminación de fuentes de agua, la sequía de manantiales, sistemas de irrigación tapados, diques y reservorios llenos de sedimentos, y una población de 1,54 billones para el año 2025: es falso que la China controla su población. Se están formando movimientos poblacionales a gran escala desde el interior de la China hacia la costa y de los pueblos a las ciudades, que producen un aumento de la criminalidad como en el África y crecientes disparidades y conflictos regionales en un país con una fuerte tradición feudal y guerrera y una débil tradición de un gobierno central — igual que en África. "Probablemente el centro se verá amenazado y fracturado y China no será la misma en el mapa", dice Homer-Dixon.

La escasez ambiental exasperará odios existentes y afectará relaciones de poder en formas que veremos ahora.

Cosacos al estilo skinhead y guerreros yuyu

En el número de verano de 1993 de Foreign Affairs Samuel P. Huntington del Olin Institute for Strategic Studies de Harvard publicó un preocupante artículo llamado "The Clash of Civilizations?" [¿El choque de las civilizaciones?] Argumenta que el mundo se ha movido durante este siglo de los conflictos entre naciones hacia conflictos ideológicos para llegar por fin a conflictos culturales. Añadiría que mientras los ríos de refugiados crecen y mientras los campesinos migran hacia las ciudades en todo el mundo —convirtiéndolas en pueblos extensos— las fronteras nacionales significarán menos, aunque caiga más poder en manos de grupos menos educados y sofisticados. A los ojos de estos poco instruidos pero poderosos millones las fronteras verdaderas, las más tangibles y férreas, son las de las culturas y las tribus. Huntington escribe: "Primero, las diferencias entre las civilizaciones no son sólo reales y concretas, son fundamentales" pues involucran, entre otras cosas, a la historia, la lengua y la religión. "Segundo ... las interacciones entre personas de diferentes civilizaciones están aumentando, y estas interacciones intensifican la conciencia

de la propia civilización." La modernización económica no es necesariamente una panacea, pues alimenta las ambiciones individuales y grupales mientras debilita las tradicionales lealtades hacia el estado. Vale la pena notar, por ejemplo, que es justamente la ciudad más rica y más desarrollada de la India, Bombay, la que ha visto la peor violencia intercomunal entre hindúes y musulmanes. Si se toma en cuenta que las ciudades indias, como las africanas y las chinas, son bombas de tiempo ecológicas —Delhi y Calcuta, y también Pekín, sufren de la peor calidad de aire de todas las ciudades del mundo— es evidente cómo el crecimiento poblacional, la degradación ambiental y los conflictos étnicos están profundamente relacionados.

Huntington señala los conflictos entrelazados entre civilizaciones hindúes, musulmanas, eslavas ortodoxas, occidentales, japonesas, confucianas, latinoamericanas y africanas: por ejemplo, hindúes en conflicto con musulmanes en la India, musulmanes turcos en conflicto con rusos eslavos ortodoxos en ciudades de Asia Central, el Occidente en conflicto con Asia. (Hasta en los EEUU los americanos africanos se sienten asediados por la afluencia de los latinos que compiten con ellos.) No importan las leyes, los refugiados siempre encuentran un camino para destruir las fronteras oficiales, trayendo consigo sus pasiones y debilitando a Europa y los EEUU con disputas culturales.

Como el trazo de Huntington es muy grueso, los detalles son vulnerables a la crítica. Refutando los argumentos de Huntington el profesor de Johns Hopkins, Fouad Ajami, un shííta nacido en el Líbano que seguro conoce el mundo más allá de los suburbios, escribe en el número de septiembre-octubre de Foreign Affairs:

"El mundo del Islam se divide y subdivide. Los frentes de batalla en el Cáucaso ... no son co-extensivos con unas fallas tectónicas civilizatorias. Los frentes siguen los intereses de los estados. Donde Huntington ve un duelo civilizatorio entre Armenia y Azerbaídjan el estado iraní ha desechado su celo religioso ... en esa batalla los iraníes favorecen a la Armenia cristiana."

Es verdad. La actual red de alianzas en el Cáucaso no confirma la hipotética guerra de Huntington entre el Islam y la cristiandad ortodoxa. Pero sólo porque él no ha identificado correctamente qué guerra cultural se está llevando a cabo allí. En una reciente visita a Azerbaídjan comprendí que los turcos azerí, los musulmanes shíítas más seculares del mundo, entienden su identidad cultural en tér-

minos no de la religión sino de su raza turca. En forma parecida, los armenios luchan contra los azerí no porque estos sean musulmanes sino porque son turcos, vinculados con esos mismos turcos que masacraron a los armenios en 1915. La cultura turca (secular y basada en un lenguaje que utiliza el alfabeto latino) está luchando contra la cultura iraní (militante religiosa tal como es definida por Teherán y con una lengua escrita en alfabeto árabe) en toda la larga franja a través de Asia Central y el Cáucaso. Los armenios son, por ello, aliados naturales de sus compañeros indo-europeos iraníes.

Huntington tiene razón cuando dice que el Cáucaso es el punto álgido de la guerra cultural y racial. Pero, como observa Ajami, las placas tectónicas de Huntington son un modelo demasiado simple. Dos meses de viajes recientes por Turquía me revelaron que aunque los turcos están fomentando una profunda desconfianza, rayana en odio, hacia sus compañeros musulmanes iraníes, también, y especialmente en las barriadas pobres que están dominando la opinión pública turca, están revisando su identidad grupal, viéndose cada vez más como musulmanes abandonados por Occidente, que hace poco por ayudar a los sitiados musulmanes en Bosnia y que ataca a musulmanes turcos en las calles de Alemania.

En otras palabras, los Balcanes, el polvorín de la guerra entre naciones-estado al comienzo del siglo XX, podría ser un polvorín de la guerra cultural al comienzo del XXI: entre la cristiandad ortodoxa (representada por serbios y una configuración clásica bizantina de griegos, rusos y rumanos) y la casa del Islam. Pero en el Cáucaso esa casa del Islam se debilita en una disputa entre turcos e iraníes. Ajami asegura que esta subdivisión, sin mencionar todas las otras divisiones en el mundo árabe, indica que Occidente, incluyendo a los EEUU, no está amenazada por el escenario dibujado por Huntington. Como lo demostró la Guerra del Golfo, Occidente se ha mostrado capaz de enfrentar una parte de la casa del Islam contra otra.

Es cierto. Sin embargo, esté o no esté consciente de ello, Ajami está describiendo un mundo más peligroso aún que el que ve Huntington, especialmente cuando uno toma en cuenta la investigación de Homer-Dixon sobre la escasez ambiental. Fuera de la larga limosina habrá un planeta acabado, lleno de cosacos al estilo skinhead y guerreros yuyu, influenciados por la peor basura de la cultura pop occidental y por viejos odios tribales, peleándose por pedazos de una tierra desgastada, en conflictos guerrilleros que se agitan a través de continentes enteros y se entrecruzan en líneas indescifrables — es decir, no

existe una amenaza fácilmente definible. El mundo de Kennan, de un sólo adversario, parece tan lejano como el mundo de Heródoto.

La mayoría de la gente piensa que el mundo político ha sufrido cambios inmensos desde 1989. Pero estos son menores comparados a los que aún nos esperan. La fragmentación del atlas y su reconstrucción está apenas comenzando. La ruptura del imperio soviético y el próximo final de la confrontación militar árabe-israelí son sólo prólogo de los verdaderos cambios grandes que vienen en un futuro. Michael Vlahos, un pensador de largo alcance de la Marina norteamericana advierte: "No controlamos el ambiente y el mundo no nos sigue a nosotros, está yendo en muchas direcciones. No asuman que el capitalismo democrático es la última palabra en la evolución social humana." Antes de entrar en el problema de los mapas y de la guerra, quisiera echar una mirada a la interacción entre religión, cultura, los cambios demográficos y la distribución de recursos naturales en un área específica del mundo: el Medio Oriente.

El pasado está muerto

Construidos sobre colinas empinadas y embarradas, los barrios pobres de Ankara, la capital turca, exudan puro drama visual. Altingdag, o "Montaña Dorada", es una pirámide de sueños, hecha de bloques tierra cenicienta y planchas de metal corrugado, alzándose como si cada choza estuviera construida sobre la otra, todas buscando alcanzar torpe y penosamente el cielo — el cielo de los turcos más ricos que viven en otra parte de la ciudad. En ninguna otra parte del planeta encontré un símbolo arquitectónico tan mordaz y conmovedor de los anhelos humanos, con los huecos en las paredes tapados con latas herrumbrosas y puerros y cebollas creciendo en terrazas construidas con tablas de madera podrida. Pero por razones que explicaré luego, este barrio es un universo muy diferente al africano.

Para ver realmente el siglo XXI el ojo debe aprender a ver según parámetros estéticos diferentes. Hay que rechazar las estilizadas imágenes de las revistas de viajes, con sus insinuantes fotografías de pueblos exóticos y glamorosos centros urbanos. Hay demasiados millones cuyos sueños son mucho más vulgares, más reales — cuya energía bruta y deseos simples se sobrepondrán a las visiones de las élites, rehaciendo el futuro hacia algo aterradoramente nuevo. Pero en Turquía aprendí que los barrios no tienen que ser del todo malos.

Los barrios en Abidján aterran y repelen al extranjero. En Turquía pasa lo contrario. Mientras más me acercaba a la Montaña Dorada mejor me parecía y más seguro me sentía. Tenía mil quinientos dólares en liras turcas en un bolsillo y mil dólares en cheques viajeros en el otro, pero no tenía miedo. La Montaña Dorada era un verdadero vecindario. El interior de una de las casas me reveló la historia: el manicomio arquitectónico de bloques cenicientos, planchas de metal y muros de cartón piedra era engañoso. Adentro había un hogar, es decir, un orden, una dignidad conmovedora. Vi una nevera funcionando, una televisión, un estante con algunos libros y muchas fotos de familia, algunas plantas en una ventana, un fogón. Aunque las calles se convierten en ríos de lodo cuando llueve, los pisos de esta casa eran inmaculados.

Había otras casas parecidas. Los escolares corrían entre ellas con sus bultos colgados en la espalda. Los camiones traían bombonas de gas, algunos hombres estaban sentados en un café tomando té. Un hombre sorbía cerveza. El alcohol es fácil de obtener en Turquía, un estado secular donde el 99% de la población es musulmana. Pero hay pocos problemas de alcoholismo. Los crímenes contra personas son infinitesimalmente pocos. La pobreza y el analfabetismo son versiones diluidas de lo que prevalece en Argelia y Egipto (para no mencionar al África Occidental), por lo cual es difícil para los extremistas religiosos encontrar una base de sustento.

Mi interés en mostrar un barrio bastante sano y libre de crímenes es el siguiente: su existencia demuestra cuán formidable es la textura de la cual está hecha la cultura turca musulmana. Una cultura tan fuerte posee el potencial para dominar el Medio Oriente de nuevo. Los barrios son pruebas químicas que muestran la fuerza o las debilidades culturales innatas. Aquellos pueblos cuyas culturas pueden albergar una extensa vida de barrio pobre sin descomponerse serán, hablando en términos relativos, los ganadores del futuro. Aquellos cuyas culturas no puedan hacerlo serán las víctimas del futuro. En las ciudades turcas no existen los barrios pobres en un sentido sociológico. El vínculo entre gentes y grupos familiares es más fuerte aquí que en África. Un Islam resurgente y una identidad cultural turca han producido una civilización con un vigor natural. Los turcos, los eternos nómadas de la historia, vencen la desintegración. El futuro del Medio Oriente se está escribiendo silenciosamente en las cabezas de los habitantes de la Montaña Dorada. Imaginese un campamento militar otomano al comienzo de la destrucción de la Constantinopla griega en 1453: así es la Montaña Dorada. "Trajimos el pueblo con nosotros. Pero en el pueblo trabajá-

bamos más duro, trabajábamos en el campo todo el día. No podíamos ayunar durante (el santo mes) del Ramadán. Aquí ayunamos. Aquí somos más religiosos.* Aishe Tanrikulu, junto con otra media docena de mujeres, rellenaba hojas de parra con arroz ante un tosco envase de plástico. Me invitó a sentarme con ellas bajo la sombra de una plancha de metal. Todas las mujeres se cubrían el cabello con un pañuelo. En la ciudad encontraron por primera vez la televisión. "Somos gente religiosa, tradicional. Los programas de TV nos ofenden,..." dijo Aishe. Otra mujer se quejaba de las escuelas. Aunque sus hijos tienen acceso a opciones educativas inimaginables en el campo, tienen que competir con turcos más ricos y seculares. "Los niños de familias ricas con buenas relaciones consiguen todos los puestos." En otras palabras, más oportunidades, pero más tensiones.

Mi libro guía para la Montaña Dorada era poco usual: Tales from the Garbage Hills [Historias de las colinas de basura] una novela brutalmente realista de un escritor turco, Latife Tekin, sobre la vida en los barrios pobres, que en Turquía se llaman gecekondus ("construidos en una noche"). "El escuchó a la tierra y lloró desconsoladamente por agua, por trabajo y por la cura de las enfermedades producidas por la basura y los desechos industriales", escribe Tekin. En el pasaje más revelador de Tales from the Garbage Hills a los colonos se les cuenta sobre "cierto imperio otomano... y que allí donde ahora viven hubo un imperio con ese nombre." Esta historia "confundió" a los colonos. Era la primera vez que la oían. Aunque uno de ellos sabía "que su abuelo y su perro murieron luchando contra los griegos", el nacionalismo y un abarcante sentido de la historia turca son propios de las clases medias y altas turcas, y de extranjeros como yo que sienten la necesidad de tener una noción de 'Turquía'.

Pero, ¿qué sabían los colonos de la Montaña Dorada de los ejércitos de emigrantes turcos que habían venido antes, en particular los seléucidas y otomanos? Para estos campesinos sólo recientemente convertidos en ciudadanos, y sus contrapartes en África, el mundo árabe, la India y tantos otros lugares, el mundo es nuevo, para utilizar una frase de V.S. Naipaul. Como escribió Naipaul de los refugiados urbanos en India: A Wounded Civilization [La India: una civilización herida], "Ellos se veían a sí mismos como en el origen: hombres rabiosos reclamando por primera vez sus tierras y desarrollando a partir del caos su propia filosofía comunitaria de autoayuda. Para ellos el pasado estaba muerto; lo habían dejado atrás, en las aldeas."

En todas partes del mundo subdesarrollado, en este comienzo del siglo XXI, estos nuevos hombres y mujeres corren hacia las ciudades, rehacen civilizaciones y redefinen sus identidades en términos religiosos y étnico-tribales que no coinciden con las fronteras existentes.

En Turquía están sucediendo varias cosas a la vez. En 1980, 44% de los turcos vivían en ciudades. En 1990 era un 61%. Para el año 2000 serán un 67%. Los pueblos se están vaciando mientras anillos concéntricos de desarrollos gece-kondu crecen en todas las ciudades turcas. Esta es la verdadera revolución política y demográfica turca y de otras partes, y generalmente los correspondientes extranjeros no escriben sobre ello.

Mientras que la pobreza rural es una parte antigua y casi 'normal' de la textura social, la pobreza urbana es socialmente desestabilizadora. Como lo mostró el Irán, el extremismo islámico es un mecanismo de defensa psicológica de muchos campesinos urbanos amenazados por la pérdida de las tradiciones en la ciudades pseudo-modernas en las que se atacan sus valores, los servicios básicos de agua y electricidad son inalcanzables y el ambiente es físicamente insalubre. El etnólogo y orientalista Carleton Stevens Ccon escribió en 1951 que el Islam "hizo posible una sobrevivencia y felicidad óptimas para millones de seres humanos viviendo en ambientes cada vez más empobrecidos por un período de 1400 años." Más allá de su mensaje rígido pero claramente articulado, el mismo hecho de que el Islam sea tan militante y belicoso lo hace atractivo para los oprimidos. Es la única religión preparada para la lucha. Una era política impelida por ansiedades ambientales, por una creciente sensibilidad cultural, por una urbanización sin orden ni concierto y por migraciones de refugiados, es una era creada maravillosamente para la diseminación y la intensificación del Islam, ya la religión del mundo que crece más velozmente. (Aunque el Islam se está extendiendo en África Occidental, se ve obstaculizado por el sincretismo con varios animismos: esto hace más difícil que los nuevos conversos se vuelvan extremistas anti-occidentales, pero también produce una versión debilitada de la fe que es un antídoto menos efectivo contra el crimen). En Turquía, sin embargo, el Islam está forjando penosa y torpemente un consenso con la modernización, tendencia que es menos evidente en los mundos árabes y persa (y virtualmente invisible en África). En Irán el boom petrolero —al acelerar el desarrollo y la urbanización y produciendo un shock cultural más intenso— nutrió la revolución islámica de 1979. Pero Turquía, a diferencia del

Irán y del mundo árabe, tiene poco petróleo. Por ello su desarrollo e urbanización han sido más graduales. Los islámicos fueron integrados al sistema parlamentario durante las décadas pasadas. Las tensiones que yo noté en la Montaña Dorada son naturales y creativas: del tipo que los emigrantes enfrentan en el mundo entero. Mientras éste se preocupa por la perversión religiosa en Argelia, una nación rica en gas natural, y en Egipto, cuya capital, El Cairo, revela zonas mucho más sobre pobladas que lo que jamás vi en Calcuta, Turquía ha estado pasando por el equivalente musulmán de una reforma protestante.

La distribución de los recursos está fortaleciendo a los turcos en una forma muy diferente que a árabes y persas. Puede que los turcos tengan poco petróleo, pero la zona central de Anatolia tiene muchísima agua — el líquido más importante del siglo XXI. El programa turco del Sureste de Anatolia, que incluye 22 grandes diques y sistemas de irrigación, represa las aguas del Tigris y del Eufrates. Buena parte del agua que los árabes, y quizás los israelíes, beberán en el futuro está controlada por los turcos.

La pieza central del proyecto es la represa Atatürk de varias millas de ancho y diez y seis pisos de alto, en la que están esculpidas las siguientes palabras del fundador de la Turquía moderna: "Ne Mutlu Turkum Diyene" ("Bienaventurado quién sea turco").

A diferencia de la represa egipcia de Asuán en el Nilo, y de la represa de la Revolución en Siria, en el Eufrates, ambas construidas fundamentalmente por los rusos, la represa Atatürk es un asunto predominantemente turco, a cargo de ingenieros y compañías turcos. En una visita reciente observé las oficinas y los jardines inmaculados, las redes eléctricas de alto voltaje y las estaciones de teléfono, las vertiginosas extensiones de transformadores gigantes zumbando, las calles de cemento y los suburbios rigurosamente diseñados con sus escuelas para los empleados de la represa. El poder emergente de los turcos era palpable en todas partes.

Erduhan Bayandır, el director local de la represa, me dijo que "mientras el petróleo puede ser enviado al exterior para enriquecer sólo a las élites, el agua se distribuye más equitativamente en la propia sociedad ... Pero es verdad, podemos frenar el paso del agua hacia Siria e Iraq durante ocho meses sin sobrebasar la represa, y así regular el comportamiento político de estos países." Ciertamente el poder se está mudando hacia el Norte del Medio Oriente, de los campos petroleros de Dháhran en el Golfo Pérsico a la planicie de Harran en el

Sur de Anatolia, cerca de la represa Atatürk. ¿Pero será la nación-estado de Turquía, tal como está constituida actualmente, la heredera de esta riqueza? Lo dudo mucho.

Las mentiras de los cartógrafos

Mientras que África Occidental representa la parte menos estable de la realidad política que se encuentra fuera de la larga limosina de Homer-Dixon, Turquía, un desarrollo orgánico de dos imperios turcos que dominaron Anatolia por 850 años, es una de las más estables. Las fronteras de Turquía no fueron establecidas por poderes coloniales sino en una guerra de independencia a comienzos de la década de 1920. Kemal Atatürk le dio a Turquía un mito secular y nacional que no tiene la mayoría de los estados árabes y africanos, limitados por fronteras artificialmente trazadas. Esta ausencia deja a muchos estados árabes sin defensa ante una ola islámica que afectará su legitimidad y fronteras en los próximos años. Pero aún en lo que respecta a Turquía, los mapas engañan.

No son sólo los barrios pobres de África los que no existen en los mapas urbanos. Muchos barrios de Turquía y de otras partes tampoco están — al igual que los grandes territorios controlados por ejércitos guerrilleros y mafias urbanas. Viajando con guerrilleros eritreos en lo que según el mapa era el Norte de Etiopía, viajando por el 'Norte de Iraq' con guerrilleros kurdos, y durmiendo en un hotel en el Cáucaso controlado por una mafia local — para no decir nada de mis experiencias en África Occidental — se despertó en mí un saludable escepticismo ante los mapas, que, como comenzaba a darme cuenta, crean una barrera conceptual que nos impide comprender la fragmentación política que está comenzando en el mundo entero.

Considérese el mapa del mundo con sus aproximadamente 190 países, cada uno representado por un color fuerte e uniforme: este mapa, con el que hemos crecido todos, es generalmente una invención del modernismo, especialmente del colonialismo europeo. El modernismo, en el sentido que utilice la palabra aquí, comenzó con el surgimiento de las naciones-estados en Europa y se asentó con la muerte del feudalismo al final de la Guerra de los Treinta Años — un evento entre el Renacimiento y la Ilustración, que juntos dieron luz a la ciencia moderna. La gente se entusiasmó repentinamente por categorizar, por definir todo. El mapa, basado en técnicas científicas de medición, ofrecía una vía para clasificar los nuevos organismos nacionales, dibuiando un rompecabezas

de piezas limpiamente cortadas sin zonas de transición entre una y otra. La palabra 'frontera' es en sí misma un concepto moderno que no existía para la mentalidad feudal. Y mientras las naciones europeas se construían sobre extensos territorios, la tecnología de impresión hacía más barata la reproducción de los mapas y la cartografía adquirió importancia al crear hechos ordenando la forma en la que vemos el mundo. En su libro Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism, [Comunidades imaginarias: reflexiones sobre el origen y extensión del nacionalismo] Benedict Anderson de la Cornell University demuestra que el mapa le posibilitó a los colonialistas pensar en sus posesiones en términos de una "red clasificatoria totalizante... Era algo limitado, determinado y por ello —en principio— contable." Para el colonialista los mapas de un país equivalían a un libro contable para el contador. Los mapas, explica Anderson, "determinaron la gramática" que nizo posible conceptos tan cuestionables como Iraq, Indonesia, Sierra Leone y Nigeria. El estado, recuérdese, es una noción puramente occidental, y una que se aplicaba hasta el siglo XIX sólo a países que cubrían el 3% de la tierra del planeta. Y tampoco existe evidencia muy convincente para pensar que el estado, como ideal de gobierno, pueda ser trasladado con éxito a zonas fuera del mundo industrializado. Incluso los EEUU, en palabras de uno de nuestros mejores poetas vivientes, Gary Snyder, consisten en "arbitrarias e inexactas imposiciones sobre lo que realmente es."

Y sin embargo esta realidad artificial continúa usándose en las Naciones Unidas y en varias publicaciones geográficas y de viajes (productos secundarios de una era de turismo de élite que fue posibilitada por el colonialismo) que describen y fotografían el mundo siguiendo criterios de 'país'. Los periódicos, esta revista y el autor que escribe esto también pecan de esta tendencia.

Según el mapa el gran complejo hidroeléctrico alrededor de la represa Atatürk está situado en Turquía. Pero olvidense del mapa. La región sureste de Turquía está poblada casi exclusivamente por kurdos. Aproximadamente la mitad de los 20 millones de kurdos en el mundo vive en Turquía. Los kurdos predominan en una elipse territorial que cubre no sólo parte de Turquía, sino también del Iraq, Irán, Siria y la ex Unión Soviética. El enclave kurdo creado por Occidente en el Norte de Iraq como consecuencia de la Guerra del Golfo en 1991 ya ha expuesto la naturaleza artificial de esa supuesta nación-estado.

En una visita reciente a la frontera turca-irani me di cuenta de cuán vulnerable es la idea de nación-estado. Me encontraba en la línea límitrofe entre dos

civilizaciones enfrentadas violentamente, la turca y la iraní. Pero la realidad era más sutil: como en África Occidental, la frontera era porosa y abundaba el contrabando, pero aquí la gente que contrabandeaba, a ambos lados de la frontera, eran kurdos. En este paisaje lunar sobre el cual los pueblos han migrado y que han colonizado en formas que obvian las fronteras, el final de la Guerra Fría traerá consigo un proceso natural de selección entre los estados existentes que ya no serán apoyados firmemente por Occidente o por la Unión Soviética. Como los kurdos están presentes en casi todos los países de Medio Oriente, ya que se los engañó y dejó sin estado en los tratados de paz después de la Primera Guerra Mundial, emergen de hecho como el factor de selección natural más importante — el definitivo examen de la realidad. Han desestabilizado al Iraq y posiblemente continúen desmembrando estados que no les ofrecen un espacio adecuado para vivir, mientras refuerzan aquellos estados que sí se lo ofrecen.

Como los turcos, a causa de sus recursos hídricos, su creciente economía y la cohesión social que muestran en sus barrios pobres sin criminalidad que he visitado, están a punto de adquirir un estatus de gran nación y como los 10 millones de kurdos dentro de Turquía amenazan ese estatus, el resultado de la disputa turco-kurda será más importante para el futuro del Medio Oriente que la eventual consecuencia de los recientes acuerdos palestino-israelíes.

La fascinación de Norteamérica por el tema palestino-israelí, aunado a su falta de interés por el tema turco-kurdo, es resultado de sus propias obsesiones domésticas y étnicas y no de la realidad cartográfica que está a punto de transformar el Medio Oriente. El proceso diplomático que envuelve a israelíes y palestinos tendrá, pienso, pocas consecuencias para el mapa de la región a comienzos y mediados del siglo XXI. Israel, con un crecimiento económico de 6.6% sustentado sobre todo por exportaciones de alta tecnología, está a punto de entrar en la larga limosina de Homer-Dixon, fortificada por una comunidad política bien definida que es producto de la historia y de la etnia. Como el Japón próspero y pacífico por un lado y la empobrecida y destruida Armenia por el otro, Israel es un clásico organismo étnico-nacional. Pero mucho del mundo árabe sufrirá alteraciones graves en la medida en que el islamismo se extienda sobre las fronteras artificiales, alimentado por migraciones masivas hacia las ciudades y por un crecimiento demográfico de más de 3,2%. 79% de la población árabe nació después de 1970 — una juventud con poca memoria histórica de las luchas anticoloniales por la independencia, de los intentos postcoloniales por

construir una nación o de alguna guerra árabe-israelí. El recuerdo más distante de esta juventud será la forma en que en 1991 Occidente humilló a un Iraq, inventado en tiempos coloniales. Hoy en día, 17 de los 22 estados árabes presentan un declinante producto territorial bruto; en los próximos 20 años, continuando los niveles de crecimiento, la población de muchos países árabes se duplicará. Estos estados, como la mayoría de los países africanos, serán ingobernables por medio de ideologías seculares convencionales. La analista del Medio Oriente Christine M. Helms explica:

"al declarar la "bancarrota" del nacionalismo árabe, los "desheredados" políticos no están racionalizando el fracaso del arabismo ... o reformulándolo. No contemplan soluciones alternativas. Simplemente han optado por el paradigma al otro lado del espectro político que les parece familiar — el Islam."

Como las fronteras de África Occidental, las fronteras coloniales de Siria, Iraq, Jordania, Argelia y otros estados árabes contradicen con frecuencia la realidad cultural y política. A la par que los mecanismos de control estatal se debiliten a causa de las tensiones demográficas y ambientales,emergerán posiblemente ciudades-estados o estados-barrios islámicos 'duros'. La ficción de que la empobrecida ciudad de Argel controla a Tamanrasset en lo profundo del Sahara argelino no puede mantenerse por siempre. Israel está destinada a ser una fortaleza étnica judía en medio de una amplia y volátil región islámica, no importa qué resultados tenga el proceso de paz actual. Y en esa región la violenta cultura de los jóvenes de las barriadas pobres de Gaza es indicativa de la era futura. El destino de turcos y kurdos es menos cierto pero mucho más relevante para el tipo de mapa que describirá nuestro mundo futuro. Los kurdos sugieren una realidad geográfica que no puede mostrarse en un espacio bidimensional. El problema en Turquía no es simplemente cuestión de una autonomía o incluso independencia dada a los kurdos del Sureste. Aquí no estamos en los Balcanes o el Cáucaso, donde las regiones están subdividiéndose en unidades más pequeñas, donde Abjasia se está separando de Georgia, etc. El federalismo no es la solución. Los kurdos están en todas partes de Turquía, incluyendo los barrios pobres de Estambul y Ankara. El problema de Turquía es que la región central de Anatolia es el hogar de dos culturas y lenguas, la turca y la kurda. La identidad en Turquía, como en la India, en África y en otras partes, es más compleja y sutil que lo que la cartografía convencional puede mostrar.

Un nuevo tipo de guerra

Para poder apreciar en su totalidad las implicaciones políticas y cartográficas del postmodernismo — una época de yuxtaposiciones sin tema central, donde la red clasificatoria de las naciones-estado será reemplazada por modelos irregulares de ciudades-estados, barriadas-estados, por regionalismos nebulosos y anárquicos— es necesario considerar, finalmente, todo el problema de la guerra.

"¡Ah, qué alivio luchar, luchar contra enemigos que se defienden, enemigos que están despiertos!" escribió André Malraux en El castigo del hombre. No puedo imaginar un grito de guerra más apropiado para muchos de los combatientes de las primeras décadas del siglo XXI. El intenso salvajismo de las luchas en esquemas culturales tan diversos como en Liberia, Bosnia, el Cáucaso y Sri Lanka —para no mencionar lo que sucede en ciudades norteamericanas— indica algo muy perturbador que nosotros, los que estamos sentados dentro de la larga limosina, preocupados por temas como los derechos de la clase media y el futuro de la televisión interactiva por cable, no tenemos estómago suficiente para contemplar. Es lo siguiente: para una gran cantidad de personas en este planeta, que no saben nada del confort y la estabilidad de una vida de clase media, la vida en los cuarteles y la guerra les parece una mejoría y no un empeoramiento de su existencia.

"Si es absurdo preguntar 'por qué come la gente' o 'para qué duerme'", escribe Martin Van Creveld, un historiador militar en la Hebrew University en Jerusalén, en su libro Transformations of War [Transformaciones de la guerra], "así la guerra es, de formas muy diversas, un fin en sí mismo y no un medio. A través de la historia, por cada persona que ha expresado su horror ante la guerra existe otra que le parece la más extraordinaria de todas las experiencias concedidas al ser humano, aunque después sólo sirva para aburrir a sus descendientes con recuerdos de sus hazañas." Cuando le pregunté a funcionarios del Pentágono sobre la naturaleza de la guerra en el siglo XXI, una respuesta muy frecuente era "lea a Van Creveld". La alta oficialidad está encantada con él, no porque sus escritos justifiquen su existencia sino todo lo contrario: Van Creveld les advierte que las enormes maquinarias militares como el Pentágono son dinosaurios a punto de extinguirse y que algo mucho más terrible nos espera.

Es sorprendente el grado en que se complementan las Transformaciones de la guerra de Van Creveld con el trabajo de Homer-Dixon sobre el ambiente, los pensamientos de Huntington sobre los crucecitos culturales y mi propia experien-

cia al viajar a pie, en bus o en taxis rurales por más de 60 países, con los fracasos de los EEUU en zonas de culturas inmanejables como Haití o Somalia. El libro comienza por demoler la noción de que a los hombres no les gusta pelear. "Al obligar a los sentidos a concentrarse sobre el aquí y el ahora", escribe Van Creveld, la guerra "puede producir justamente una liberación de este presente." Como cualquiera que haya tenido experiencias con los 'chetniks' en serbia, los 'técnicos' en Somalia, los Tonton Macoutes en Haití o los soldados en Sierra Leone puede atestiguar, en aquellos lugares donde la ilustración occidental no ha penetrado y donde desde siempre ha existido pobreza generalizada, la gente se siente liberada por la violencia. En Afganistán y en otras partes experimenté vicariamente este fenómeno: preocuparse por minas y emboscadas lo libera a uno de las preocupaciones por los detalles mundanos de la existencia diaria. Si se considera que mi propia experiencia es demasiado subjetiva, existe una enorme cantidad de información que muestra la frecuencia de guerras, sobre todo en el mundo subdesarrollado, después de la Segunda Guerra Mundial. La agresión física es parte de la condición humana. Sólo cuando la gente alcanza ciertos niveles económicos, educativos y culturales se reduce esta tendencia. En vista de que el 95% del crecimiento poblacional se dará en las áreas más pobres del planeta la cuestión no es que haya guerras (habrá muchas), sino qué tipo de guerras habrá y quién luchará contra quién.

Criticando al estratega militar Carl von Clausewitz, Van Creveld, quien puede ser el pensador sobre la guerra más original desde los tiempos de aquel prusiano del siglo XIX, escribe: "las ideas de Clausewitz ... se basaban en el hecho de que desde 1648 las guerras se hacían sobre todo entre naciones." Pero como explica Van Creveld, el período de las naciones-estado, y con ello de conflictos estatales, está acabándose y junto a ello la "clara distinción tripartita entre gobierno, ejército y civiles" que es reforzada por las guerras estatales. Por ello, en el futuro, el primer paso será mirar hacia el pasado inmediatamente anterior al nacimiento del modernismo — las guerras en la Europa medieval que comenzaron en tiempos de la Reforma y culminaron con la Guerra de los Treinta Años.

Escribe Van Creveld:

"En todas estas luchas las motivaciones políticas, sociales, económicas y religiosas estaban íntimamente entrelazadas. Como ésta fue una época de ejércitos de mercenarios, estos eran dirigidos por hordas de empresarios

militares ... y muchos de ellos sólo mostraban una máscara de servicio y sumisión a la organización que los había contratado para luchar. En vez de ello, simplemente robaban y saqueaban las tierras en provecho propio. ... En tales condiciones, cualquier distinción ... entre ejércitos de una parte y civiles de otra no podía mantenerse. Sumergidos en la guerra, los civiles eran víctima de terribles atrocidades."

En aquel tiempo, pues, no existía una 'política' tal como entendemos actualmente el término, así como cada vez hay menos 'política' en Liberia, Sierra Leone, Somalia, Sri Lanka, los Balcanes y el Cáucaso, entre otros.

Como, y así lo señala Van Creveld, el círculo de confianza en las sociedades tribales se limita a la familia propia y a los compañeros guerrilleros, los acuerdos que se establecen con un comandante bosnio, por ejemplo, pueden ser rotos inmediatamente por otro comandante bosnio. La cantidad de breves ceses al fuego en los Balcanes y en el Cáucaso constituyen prueba suficiente de que ya no estamos en un mundo donde se apliquen las viejas reglas de la guerra estatal. Otra evidencia de ello es la destrucción de los monumentos medievales en el puerto croata de Dubrovnik: cuando luchan las culturas y no los estados los monumentos religiosos y culturales se convierten en instrumentos de la guerra, dejándolos sin protección alguna.

Además, las entidades que hacen la guerra ya no están limitadas por un territorio específico. Organismos indefinidos y vagos como las organizaciones terroristas islámicas sugieren que las fronteras significarán cada vez menos y los sustratos de una identidad y un control tribal significarán más. "Desde la perspectiva del presente parece que los fanatismos ... religiosos jugarán un papel más importante en la motivación de un conflicto armado" en Occidente "que en cualquier otro momento de la historia, al menos desde hace 300 años atrás", dice Van Creveld. Por esta razón analistas como Michael Vlahos están siguiendo de cerca a los cultos religiosos. Dice Vlahos: "Posiblemente una ideología amenazante no se presente en formas conocidas, como los nazis o los comunistas, ni tenga que mostrarse de maneras que concuerden con las viejas señales de amenaza que manejamos." Van Creveld concluye que "los conflictos armados serán conducidos por seres humanos sobre la Tierra, no por robots en el espacio. Tendrán más en común con las luchas entre tribus primitivas que con guerras convencionales a gran escala." Otro historiador militar, John Keegan, en su nuevo libro A History of Warfare (Una historia de la guerra) dibuja un cuadro

más benigno del hombre primitivo, pero es importante señalar que lo que describe Van Creveld es una re-primitivización del ser humano: sociedades guerreras funcionando en una época de escasez de recursos y sobre población planetaria sin precedentes.

La visión pre-Westfalia de Van Creveld, con conflictos de baja intensidad en todo el mundo, no es un superficial escenario al estilo 'volver al futuro'. Comenzando porque la tecnología se utilizará con fines primitivos. En Liberia, el líder guerrillero Prince Johnson no le cortó simplemente las orejas al presidente Samuel Doe antes de que Doe fuera torturado hasta morir en 1990 — Johnson hizo un video de ello, que circuló luego por toda África Occidental. En Diciembre de 1992, cuando a los responsables de un golpe fallido contra el régimen de Strasser en Sierra Leone se les cortaron las orejas en la playa de Hamilton en Freetown antes de ser asesinados, esto fue considerado por muchos como una imitación de la anterior ejecución. Si se recuerda, como expliqué anteriormente, que el régimen de Strasser no es realmente un gobierno y que Sierra Leone no es realmente una nación-estado, hay que escuchar atentamente a Van Creveld: "Una vez que el monopolio legal de las fuerzas armadas, por mucho tiempo propio del Estado, es arrebatado de sus manos, las distinciones existentes entre guerra y crimen desaparecerán, como ya sucede hoy en día en ... el Líbano, Sri Lanka, El Salvador, Perú o Colombia."

Si el crimen y la guerra se confunden entre sí, la llamada 'seguridad nacional' puede entenderse en un futuro como un concepto local. Mientras el crimen aumenta en nuestras ciudades y la habilidad de los gobiernos estatales y sistemas judiciales para proteger a los ciudadanos disminuye, el crimen urbano puede, según Van Creveld, "convertirse en un conflicto de baja intensidad al juntarse con tendencias raciales, religiosas, sociales y políticas." Al multiplicarse la violencia a pequeña escala en casa y en el exterior, los ejércitos estatales se reducirán más y más, siendo reemplazados gradualmente por un floreciente negocio de compañías privadas de seguridad, como en África Occidental, y por mafias urbanas, especialmente en el mundo ex-comunista, que estarán mejor equipadas para garantizar protección física a los habitantes locales que las fuerzas policiales municipales.

Las guerras futuras serán de sobrevivencia comunal, agravadas, o, en muchos casos, motivadas por la escasez ambiental. Estas guerras serán subnacionales, quiere decir, será difícil para los estados y los gobiernos locales proteger físicamente a sus propios ciudadanos. En consecuencia muchos estados morirán.

definitivamente. A medida que el poder estatal se debilita —y con ello la habilidad estatal para ayudar a los grupos más débiles dentro de la sociedad, y mucho menos a otros estados— las gentes y las culturas en el mundo se verán obligadas a limitarse a sus propias fuerzas y debilidades, sin poder disponer de mecanismos equitativos que las protejan. Aun cuando en un futuro distante veremos la emergencia de un ser humano global y racialmente híbrido, las próximas décadas nos verán más conscientes de nuestras diferencias que de nuestras similitudes. Para la persona común y corriente, los valores políticos significarán menos y la seguridad personal más. La creencia en que todos somos iguales podrá verse reemplazada por la abrumadora obsesión de los antiguos viajeros griegos: ¿Por qué hay diferencias entre las gentes?

De hecho, no parece muy claro si los EEUU sobrevivirán en el nuevo siglo con su forma actual. Como son una sociedad multi-étnica, la nación-estado es más débil aquí que en sociedades más homogéneas como Alemania y Japón. James Kurth, en un artículo publicado en The National Interest en 1992, explica que mientras las sociedades en naciones-estado tienden a construirse alrededor de un ejército reclutado masivamente y un sistema estandarizado de escuelas públicas, los 'regímenes multiculturales' presentan un ejército con tecnología sofisticada y formado sólo con voluntarios (y, añadiría, escuelas privadas que enseñan valores competitivos), operando en una cultura en la que los media internacionales y la industria del entretenimiento tienen más influencia que la 'clase política nacional'. En otras palabras, una nación-estado es un lugar donde todo el mundo ha sido educado según parámetros similares, donde la gente escucha a los líderes nacionales y donde todos (todos los hombres, al menos) han pasado por el crisol del servicio militar, convirtiendo así el patriotismo en un tema más simple. Saul Bellow, al escribir sobre su familia de emigrantes en la Chicago de principios de siglo dice: "El país se hizo cargo de nosotros. En aquel entonces era un país y no una colección de 'culturas'".

Durante la Segunda Guerra Mundial y la década que le siguió, los EEUU alcanzaron su apogeo como nación-estado. Durante los años 60, como se ve ahora, los EEUU comenzaron un lento pero ineludible proceso de transformación. Los signos de ello no necesitan mayor explicación: polaridad racial, disfunción educacional, fragmentación social de muchos tipos diferentes. William Irwin Thompson escribe, en Passages About Earth: An Exploration of the New Planetary Culture [Pasajes sobre la tierra: una exploración de la nueva cultura planetaria]: "El sistema educacional que 'funcionó' con los judíos y los

irlandeses no podía funcionar más con los negros, y cuando los maestros judíos en Nueva York intentaron separar a los niños negros de sus padres, de la misma forma en que ellos habían sido separados de los suyos, se espantaron al toparse con una violenta afirmación de la negritud.*

Temas como el África Occidental puedenemerger como una nueva forma de problema para la política exterior norteamericana, erosionando aún más la paz doméstica en el país. El espectáculo de varias naciones africanas occidentales colapsando al mismo tiempo puede reforzar los peores estereotipos raciales norteamericanos. Y existe otra razón por la cual nos importa África. No debemos engañarnos: el factor de sensibilidad es más alto ahora que nunca antes. El sistema de escuelas públicas en Washington, D.C. ya está experimentando con un currículum afrocéntrico. Reuniones entre líderes africanos y prominentes personalidades afroamericanas son cada vez más frecuentes, así como los pronósticos ingenuos sobre elecciones multipartidistas en África que no toman en cuenta el factor del crimen, del crecimiento demográfico y el agotamiento de los recursos ambientales. La junta norteamericana de congresistas negros se encontraba entre los que insistían en una intervención americana en Somalia y Haití. En el Los Angeles Times empleados de minorías étnicas han protestado contra, entre otras cosas, el supuesto tono racista del periódico cuando cubre noticias del África, alegatos que el editor de la sección del 'Reporte Mundial', Dan Fisher, rechaza diciendo en lo esencial que África debe verse a través del mismo lente riguroso que se aplica a otras regiones del mundo.

África podrá ser marginal en términos de una concepción estratégica convencional del siglo XX, pero en una era de choques culturales y raciales, cuando la defensa nacional es cada vez más local, los problemas de África tendrán una influencia desestabilizadora sobre los EEUU.

Estos y otros factores harán de los EEUU algo menos que la nación que es hoy en día, aún cuando gane territorios después de una pacífica disolución del Canadá. Quebec, construida sobre el lecho del catolicismo romano y la etnicidad francófona, puede convertirse en la nación-estado con menos crimen y más cohesiva de Norteamérica. (Podrá ser un Quebec más pequeño, sin embargo, ya que los indígenas pueden cercenar partes norteñas de la provincia.) El 'patriotismo' se convertirá en un asunto cada vez más regional cuando la gente de Alberta y Montana descubra que tienen mucho más en común entre ellos que lo que tienen con Ottawa o Washington, y los hispano-hablantes del Suroeste descubran mayores lazos con Ciudad de México. (The Nine Nations of North

con anarquía. características de la Sociedad.
Relatos Sonoros, misterio, enfermedades.

America de Joel Garreau, un libro sobre la regionalización del continente, es más relevante hoy que en 1981, cuando fue publicado.) A medida que la influencia de Washington se diluya, y con ella los tradicionales símbolos del patriotismo americano, los norteamericanos buscarán refugio psicológico en sus comunidades y culturas aisladas.

Regresar de África Occidental en otoño pasado fue una experiencia iluminadora. Después de dejar Abidján, mi vuelo de Air Afrique aterrizó en Dakar, Senegal, donde todos los pasajeros debían desembarcar para pasar por otra revisión de seguridad, esta vez exigida por las autoridades de los EEUU antes de permitir la continuación del vuelo hacia Nueva York. Una vez aquí, y a pesar de las altas horas de la noche, funcionarios de inmigración en el aeropuerto de Kennedy retuvieron el desembarque con un rápido interrogatorio de los pasajeros del avión — y esto además de todos los procedimientos normales de inmigración y aduanas. Era evidente que el tráfico de drogas, las enfermedades y otros factores contribuyeron al reforzamiento de estos procedimientos de seguridad, los más severos que haya encontrado jamás al regresar del exterior.

Luego, y por primera vez después de más de un mes, ví hombres de negocio con maletines y computadores portátiles. Cuando salí de Nueva York hacia Abidján todos los hombres de negocio abordaban vuelos hacia Seul y Tokio que salían cerca del de Air Afrique. Los únicos no-africanos que viajaban a África Occidental eran trabajadores de organizaciones de ayuda vestidos con T-shirts y pantalones de khaki. Las fronteras dentro de África Occidental podrán ser cada vez menos realistas, pero las que separan a África Occidental del mundo exterior se están volviendo más y más impenetrables.

Pero los afrocentristas tienen razón en un punto: si ignoramos la región lo hacemos a nuestro propio riesgo. Cuando cayó el muro de Berlín en noviembre de 1989 yo estaba en Kosovo cubriendo los disturbios entre serbios y albaneses. El futuro estaba en Kosovo, me dije esa noche, y no en Berlín. El mismo día en que Yitzhak Rabin y Yasser Arafat se dieron la mano en los jardines de la Casa Blanca mi avión de Air Afrique se acercaba a Bamako en Bali, sobrevolando cantidades de chozas con techos de zinc al borde de un desierto. Me di cuenta que la verdadera noticia no estaba sucediendo en la Casa Blanca, sino justamente debajo de mí.